



La Argentina del Siglo XX en clave **Neoestructuralista**

Escrito por Profs. **Sabrina Machado, Andrea Lisboa y Alejandro Perdomo**

II. Historias con perspectiva de género, concepto e importancia.

Parto de la base de que el género, en tanto herramienta analítica y categoría sociocultural, nos permite descubrir áreas ocultas como las relaciones entre seres y grupos humanos que fueron omitidas. A comienzo del siglo XX, Argentina era un país de excepción en la región, considerado un país de gran crecimiento económico. Fue, al decir de Lucas Llach “el único que ingresó y luego abandonó el Primer Mundo en la era contemporánea”¹. Sin embargo, como señala muy bien C. Bellini y J.C. Corol, esa situación, no debería llevarnos sostener que el desempeño fue un “fracaso”, sino más que estamos ante un desarrollo “fallido”². A pesar de que es innegable que la economía argentina presentaba logros macroeconómicos comparables a los países industrializados (crecimiento del PBI, alfabetización, etc.), tenía fragilidades que, más temprano que tarde, la despertarían del “sueño desarrollista”. La Primera Guerra Mundial y los períodos de inestabilidad que siguieron al conflicto así lo demuestran.

La evidencia histórica demuestra que la economía argentina tuvo su mejor desempeño de la historia económica del siglo XX en lo que los historiadores han denominado primera globalización, la que se extiende desde 1870 a 1913. Las transformaciones económicas y sociales que experimentó Argentina, se debieron a una serie de factores externos e internos: a. Crecimiento acelerado del comercio mundial y de los flujos de capital y mano de obra (consecuencia de las extraordinarias innovaciones que experimentaron los países industrializados en el último cuarto del siglo XIX); b. Impresionante fertilidad de las pampas argentinas. El país, a pesar de que dependía casi totalmente de la exportación de productos primarios, disponía de una gran “canasta de productos” que la hacía menos vulnerable a las variaciones del mercado (maíz, carne bovina, lana, trigo, lino, etc.).

Durante las tres primeras décadas del siglo XX, “el cociente entre el PBI per cápita argentino y el ingreso promedio entre los tres grandes países industrializados de Europa (Reino Unido, Francia y Alemania) y las dos economías más exitosas fuera de Europa (Estados Unidos y Australia) estuvo consistentemente por encima del 80%, excepto por un breve período durante la Primera Guerra Mundial.”³ “En 1914 –dice C. Bellini y J.C. Corol-, la Argentina poseía la economía más rica y diversificada de toda América Latina...”, y agrega, “desde mediados del siglo XIX y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, sus exportaciones habían crecido a una tasa del 6 % anual, superando a todos los países de la región”⁴.

A partir de 1914, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, las condiciones en las cuales se había

desenvuelto la economía argentina comienzan a modificarse, desapareciendo algunas de las ventajas a las cuales hicieramos mención. Un mercado internacional inestable, la profundización del proteccionismo, ascenso de la hegemonía estadounidense en el orden financiero y comercial (que sustituye a una Inglaterra que va experimentando cierto rezago relativo con respecto al resto a las grandes potencias industriales), marcarán el declive de la economía argentina. A toda esta situación de carácter internacional, por demás compleja, se agrega el agotamiento del crecimiento agrícola basado en la incorporación de nuevas tierras (Argentina pertenecía al grupo de las economías “settler” o de asentamiento). En definitiva, una nueva dinámica, caracterizada por la inestabilidad y la depresión, se había impuesto en la economía mundial, que “... demandaron respuestas más complejas por parte de los actores económicos, sociales y políticos.”⁵ Es en ese contexto en el que la economía argentina sufrió, de acuerdo a Guido Di Tella y Manuel Zymelman, “la gran demora”⁶ (1914-1929). Este punto de vista no es compartido por C. Bellini y J.C. Corol, para quienes el “país no parecía sufrir una “gran demora” económica, muy por el contrario, en la década del ‘20, el país, a pesar de las dificultades, “retomó el sendero de crecimiento abandonado en 1914, si bien a un ritmo notoriamente menor”⁷.

En 1929 se desata la crisis económica del sistema capitalista, y Argentina, como país periférico sintió su impacto. La principal consecuencia de la Gran Depresión fue la caída vertical de los precios. Se pudo contemplar cómo descendían sus exportaciones, tanto en precio como en volumen. Si bien el precio de los productos manufacturados también descendió, lo hicieron de forma más moderada. Como consecuencia, los términos de intercambios declinaron en un 40% entre 1929 y 1931. La reducción de las exportaciones tuvo efectos en la actividad económica interna, trasladándose al campo, el comercio y la actividad industrial. En un primer momento, las respuestas de las autoridades económicas se movieron dentro de la ortodoxia neoclásica (equilibrio del presupuesto, el pago de los servicios de deuda, defensa de los mercados externos, etc.). Pero, no es menos cierto, que ya se comenzaron a visualizar ciertas tendencias. Una mayor intervención del Estado en la economía, a pesar de la sucesión de gobiernos conservadores de la “década infame”, y el hecho de que la industria se convierta en el sector más dinámico de la economía (como una consecuencia secundaria de la crisis).

La Segunda Guerra Mundial, que enlutó a Europa y al mundo entre los años 1939 y 1945, profundizó aún más el proceso de industrialización y la sustitución de importaciones (incluso llegando a superar al sector primario en su participación en el PBI, lo que fue posible por primera vez en 1943). En la consolidación de este modelo de desarrollo tendrá un papel fundamental el decenio peronista que se inicia en 1946, y que se cierra en forma abrupta en 1955.

Este periodo fue testigo del nacimiento de uno de los liderazgos más fuertes de la historia argentina, hacemos referencia a la figura de Juan Domingo Perón, un militar desconocido, que entró en escena el 2 de diciembre de 1943. Perón es nombrado, por el gobierno militar, al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Esta etapa, será su “base de lanzamiento”, al decir de Marcos Kaplan, en su ascendente carrera política. Una serie de reformas sociales impulsadas por Perón en este periodo lo acercarán a los sectores populares. Fue así que, “El 24 de febrero de 1946, en las elecciones más irreprochables que conociera el país hasta entonces, el ex -coronel, ahora general Perón, es elegido presidente de la República...”⁸

Los gobiernos peronistas coinciden con la “edad de oro” del capitalismo (1945-1973). En la inmediata posguerra la Argentina se encontró con excepcionales condiciones en el mercado mundial. El país había acumulado enormes recursos financieros, y en ese clima de euforia económica, el peronismo desarrolla un proceso de transformaciones que marcarán las siguientes tres décadas de la historia económica argentina.

Una de las características más destacadas del periodo fue la expansión del rol empresarial del Estado. Durante el primer plan quinquenal diseñado por el peronismo, el Estado emprende una serie de nacionalizaciones, incluso algunas industriales (ferrocarril, teléfonos, Banco Central y depósitos bancarios, electricidad, etc.).

La política económica peronista dará también especial atención al desarrollo industrial. Para ello, se sirvió de una serie de instrumentos, como el empleo del crédito, el control de las importaciones, el establecimiento de tipos de cambios preferenciales y respaldando algunas industrias consideradas de interés nacional (laminados de acero, productos químicos, farmacéuticos y metalúrgicos).

El IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio), que fue parte de una reforma bancaria más ambiciosa, jugó un papel fundamental en la estrategia peronista de transferir recursos del sector primario al industrial. Esta institución tendrá, entre otros objetivos, el monopolio de las exportaciones de

productos primarios.

Otro aspecto que coadyuvó para el desarrollo industrial del país, fue la ampliación del mercado interno a partir de una serie de reformas económicas y sociales que permitieron un aumento considerable del poder adquisitivo de los trabajadores y de la población en general (creación de empleo, aumentos de los salarios a partir de la negociación colectiva, el asistencialismo social, etc.). Perón promovió la creación de un movimiento sindical funcional a su proyecto político y reprimió duramente a los gremios tradicionales (de filiación socialista, anarquista o comunista).

La piedra angular del proyecto peronista fue la transferencia del sector primario exportador hacia el sector urbano industrial, por lo que, el éxito o el fracaso de esta estrategia, estaría dado, por un lado, por los precios internacionales de los productos primarios con los cuales se insertaba el país en el mercado mundial (cereales y carne fundamentalmente), y por otro lado la oferta de dichos productos (es decir mantener los saldos exportables). Lamentablemente, para los intereses de Argentina, tras años de bonanza, las condiciones externas e internas se modificaron sustancialmente. La espectacular recuperación de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial (entre otros motivos por los programas de ayuda estadounidense), las transformaciones productivas que experimentaron los países que competían con la producción argentina en el mercado internacional (como Estados Unidos, Canadá y Australia), unido al estancamiento de la producción agrícola argentina, minaron definitivamente las bases del proyecto. La caída de la producción agrícola, sumado al aumento del consumo interno (consecuencia de las mejoras del poder adquisitivo de la población a la que ya hicieramos mención), condujeron a una baja de los saldos exportables.

Con respecto a la crisis del sector agrícola pampeano se han propuesto una serie de hipótesis explicativas. Una interpretación tradicional ha sostenido que el régimen de propiedad había desalentado la inversión productiva y en tecnología. Para Jorge Sabato, la inestabilidad de precios y las fluctuaciones de los rendimientos propiciaron los comportamientos especulativos (que atentaban contra la producción y la competitividad). Finalmente, Carlos Díaz Alejandro, sostiene que la crisis es una consecuencia de las políticas aplicadas por el peronismo en el sector agrícola, y en particular el IAPI, que, al reducir sus márgenes de ganancia, terminaron por desalentar la inversión.

Es en esta coyuntura económica cuando se cierra la “etapa feliz” del modelo peronista y se inicia lo que algunos historiadores denominan el “cambio de rumbo” (afirmación que por cierto no está exenta de controversias). Si bien no se deben exagerar las rupturas en la trayectoria del proyecto peronista durante el segundo plan quinquenal, sí es posible marcar tendencias que abonan esa interpretación: a. Apertura al capital externo y búsqueda de créditos; b. Disminución de la intervención del estado en la economía; c. Políticas de ajuste (recorte del gasto público, restricciones del crédito industrial, se congelan los contratos colectivos). Este viraje deja al descubierto la falta de coherencia ideológica del peronismo, que pasó de un “nacionalismo autárquico, estatismo y redistribución del ingreso”, inicial, a la “ortodoxia económica, apertura hacia el mundo...” (Rapoport 2000).

Esta situación dejó al descubierto la fragilidad de la economía argentina. A pesar de las transformaciones impulsadas por el peronismo (y que, a un menor ritmo se continuarán por dos décadas más), el modelo de desarrollo industrial (ISI) no era consistente a largo plazo, y, sobre todo, se mostraba muy vulnerable por la variabilidad de los precios y de los mercados de los productos primarios. A pesar de los avances no fue posible modificar el “modelo de contención y arranque”, los interminables ciclos de expansión y recesión. La economía argentina jamás pudo romper el círculo vicioso, es que el incesante progreso técnico generaba nuevos bienes y servicios, y lo que el país sustituía por un lado, generaba demanda por el otro (para abastecerse de bienes que la industria necesitaba). El problema radicaba, como sostiene Aldo Ferrer, en que el modelo de industrialización se basó en la sustitución de lo “actual” y lo que debía hacer era sustituir el “futuro”, las actividades de fronteras que permitieran al país tener una situación de equilibrio en el comercio de manufacturas de origen industrial.

“La combinación de una economía semi industrializada, que demandaba de manera creciente nuevas importaciones de equipos e insumos, y un estancamiento de la capacidad de importar, derivado del magro desempeño de la producción primaria exportable y de las fluctuaciones de los precios internacionales, originaron sucesivas crisis de la balanza de pagos y la aplicación de programas de estabilización ortodoxos...”⁹

Cuando a comienzos de la década de los '70 la inestabilidad económica vuelve a sacudir al mundo

capitalista y la humanidad ingresa en un nuevo proceso de globalización, Argentina estaba sumida en la crisis. Con el golpe militar de 1976, se instala en Argentina la primera etapa del Estado neoliberal, y se produce el progresivo desmantelamiento de la estructura industrial del país, con los costos sociales que esas transformaciones implicaron. Ante los efectos de la aplicación de las políticas neoliberales en Argentina y en América Latina, surge, a partir de influencias muy diversas, la llamada corriente neoestructuralista.

El neoestructuralismo nace al despuntar los años 80 en la llamada “década perdida”. Este proceso estuvo marcado por los efectos de la crisis de la deuda en América Latina (que se tradujo en la fuga de capitales, en la fuerte caída del producto, en la generación de desempleo, en fuertes déficit de cuentas corrientes y en presiones inflacionarias).

Los Estados latinoamericanos respondieron a esta crisis con políticas macroeconómicas de corto plazo que tuvieron un alto costo social en el aumento de la pobreza y la desigualdad. Los organismos financieros multilaterales surgidos en Bretton Woods (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional) acuden al “rescate” de estos países con una serie de condicionalidades que tendrán un fuerte impacto en el desarrollo productivo de los países. Esta intervención fue, al decir de Jacobo Chatan (economista cepalino), el “caballo de Troya” en el que entró el neoliberalismo y el retorno de las ventajas comparativas (en una palabra, la ortodoxia neoliberal).

Más allá de los factores exógenos que estaban detrás de la situación económica que vivían las naciones de la región, en el seno de la Cepal tuvo lugar una importante reflexión sobre los problemas endógenos de América Latina y en particular de lo que había significado el modelo ISI. Si bien se va a generar un gran consenso a la hora de señalar las fallas del modelo (que, como lo marcaba la evidencia histórica, no habían sido exitoso), no significaba ello que había que abandonar el proceso de industrialización en curso. De lo que se trataba era de dotarlo de otras características.

Fernando Fajnzylber y de Osvaldo Sunkel, dos referentes de la CEPAL, han realizado importantes investigaciones con el objetivo de explicar del fallido proceso industrializador latinoamericano y, sobre todo, para generar instrumentos que permitan a la región avanzar hacia una industrialización virtuosa.

Osvaldo Sunkel plantea el concepto de desarrollo “hacia” adentro y “desde” dentro. El primero queda condicionado por la incorporación de técnica foránea en el proceso de industrialización. El segundo, el crecimiento “desde” dentro, se concibe como: “Un proceso interno de industrialización capaz de crear un mecanismo endógeno de acumulación y generación de progreso técnico y mejoras en la productividad como el que se constituyó a partir de la Revolución Industrial en los países centrales” (Osvaldo Sunkel, 1991).

Fernando Fajnzylber se detienen en el análisis de los procesos de industrialización latinoamericanos, identificando los problemas y sugiriendo posibles soluciones a los mismos: a. Falta de capacidades endógenas suficiente para favorecer el progreso técnico; b. avanzar hacia una industria de bienes de capital en la región, sector intensivo en progreso técnico; c. Búsqueda de la eficiencia y la generación de capacidades internas (el “núcleo endógeno”); d. Propone favorecer una reestructura industrial identificando los sectores potenciales de industrializar; e. Promover una relación armónica entre las instituciones del estado y el mercado; f. Generar una alianza entre los diferentes sectores sociales con la mediación del Estado; g. Armonizar crecimiento y equidad distributiva (poder llenar el “casillero vacío”).

En síntesis, no se puede pensar en el desarrollo de los países latinoamericanos, como señala Rosales, con “un modelo de inserción externa que conlleva una especialización internacional “empobrecedora”. Una estructura productiva cada vez más desarticulada, vulnerable, heterogénea, concentradora del progreso técnico y generadora de desempleo. Una pauta social excluyente, con una creciente concentración de la renta y de la riqueza, pobreza y marginación”¹⁰

Las características institucionales en las cuales se desarrolló la industria argentina no fueron favorables en la mayor parte del siglo XX, impidieron la transformación industrial, la incorporación de la ciencia y la tecnología a la producción industrial, no permitieron su correcta inserción en el mundo, haciendo posible un nuevo trato con las corporaciones transnacionales. El objetivo de esta nación debe ser, como señala Aldo Ferrer, avanzar hacia una industria integrada, hacia una economía federal, con provincias de alto nivel de actividad y bienestar.

Notas

¹Llach, Lucas; Rica, pero no tan moderna: Argentina antes de la Depresión; 2020; p. 154.

²Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Historia Económica de la Argentina en el siglo XX; Editorial Siglo XXI; Buenos Aires; 2012; p.

³Llach, Lucas; Op. Cit.; p. 154.

⁴Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Op. Cit.; p. 23.

⁵Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Op. Cit.; p. 17

⁶Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Op. Cit.; p. 32

⁷Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Op. Cit.; p. 64

⁸Kaplan, Marcos; 50 años de historia argentina (1925-1975): el laberinto de la frustración (historia de medio siglo); Ed. Siglo XXI; México 1995; Pág. 22

⁹Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; Op. Cit.; p. 190.

¹⁰Bustelo, Pablo; Teorías contemporáneas del desarrollo económico; Editorial Síntesis; Madrid; 1999; p. 251.

Bibliografía

Aróstegui, Lulio-Buchrucker, Cristian-Saborido, Jorge; *El Mundo Contemporáneo: Historia y problemas*, Editorial Biblos/Crítica; España; 2001.

Aracil, Rafael-Oliver, Joan-Segura, Antoni; *El Mundo Actual. De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días*; Edicions Universitat de Barcelona; Barcelona; 1998.

Ferrer, Aldo; *Historia de la globalización II. La Revolución Industrial y el segundo orden mundial*; Editorial Fondo de Cultura Económica; Argentina; 2013.

Ferrer, Aldo; *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*; Editorial Fondo de Cultura Económica; Argentina; 2013.

Kaplan, Marcos; *50 años de historia argentina (1925-1975): el laberinto de la frustración (historia de medio siglo)*; Ed. Siglo XXI; México 1995.

Bustelo, Pablo; *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*; Editorial Síntesis; Madrid; 1999.

Bellini, Claudio y Korol, Juan Carlos; *Historia Económica de la Argentina en el siglo XX*; Editorial Siglo XXI; Buenos Aires; 2004.

Llach, Lucas; *Rica, pero no tan moderna: Argentina antes de la Depresión*; 2020.

Torres Olivo, Miguel; Fernando Falnzylber. *Una visión renovadora del desarrollo en América Latina*; CEPAL; Chile; 2006.

